

Higa, Augusto. *Saber matar, saber morir*. Lima: Caja Negra Editores, 2014, 94 pp.

La última novela de Augusto Higa Oshiro, *Saber matar, saber morir*, ha tenido la rara virtud en el medio literario peruano de convocar la atención de un vasto público y de los críticos literarios. De forma unánime, estos han señalado las virtudes de su prosa trabajada con la vehemencia de un orífice. Una larga pasión por la palabra preside este exquisito volumen que ha merecido el premio de la Cámara Peruana del Libro al mejor texto de ficción corta del año. Augusto Higa empezó como cuentista ligado al grupo literario Narración a finales de los años setenta del pasado siglo. Desde el principio de su escritura se mostró como un gran conocedor de los detalles de la vida de los pobladores de los barrios populares de Lima. Desde el formato del cuento se fue apoderando, lentamente, de los distintos comportamientos de los diferentes personajes de *La Victoria* y *El Porvenir*, criollos de las esquinas, desocupados, delincuentes. Con el paso del tiempo, y tal vez coincidiendo con una larga estancia en Japón, Higa se fue haciendo profundo conocedor de un fragmento de la población peruana que había merecido poca atención literaria: los descendientes de japoneses que mantienen vivo interés por las diferentes culturas que anidan en su propio ser. De esta manera, en los cuentos y narraciones más extensas que no llegan a ser novelas de numerosas páginas, Higa se ha convertido en un narrador penetrante que bucea en las características de los llamados por todos nosotros «nisei».

En la novela corta *Saber matar, saber morir*, la pluma de Higa vuelve sobre el espacio que más conoce: el de los barrios populares que rodean «La Parada» de Lima, tierra de nadie en los años ochenta del siglo XX. En ella conviven personas humildes (dedicadas a

su trabajo) con rufianes, delincuentes de toda laya, desocupados, militantes de Sendero Luminoso, sacerdotes, desconcertados pobladores. Como suele suceder, el lector empieza encandilado la lectura debido al interés del tema y poco a poco es ganado por las bondades de la prosa. Sin exageración posible puede decirse que desde la aparición de Luis Loayza a fines de la década del cincuenta, con su memorable libro de cuentos *El avaro*, no ha habido otro narrador como Higa de prosa tan pulida y trabajada. Las bondades de la prosa de mayor calidad suelen aparecer más en los cuentistas y en los narradores de aliento concentrado. Flaubert, según se dice, trabajaba cada línea de su prosa como si fuese un verso; siendo rentista, tenía todo el tiempo del mundo para revisar como un orfebre una y mil veces sus escritos. Contrasta en eso vivamente con Balzac y más bien tiene parecido con Baudelaire, el primer poeta de la modernidad. En la tradición latinoamericana, entre tantos otros, destacan los estilistas del cuento: Juan Rulfo en México, Augusto Monterroso en Guatemala, y Jorge Luis Borges y Julio Cortázar en la Argentina. A propósito de la aparición de su última novela, Augusto Higa ha mencionado en diferentes ocasiones su cercanía con Jorge Luis Borges. Efectivamente, el lector puede encontrar numerosas similitudes entre el narrador peruano y el maestro argentino de la prosa. Seguramente será una coincidencia que Borges, atildado y exquisito, tuviera pasión por el mundo popular de los compadritos, así como Higa tiene preferencia por los personajes que pululan en los barrios populares de la urbe limeña; pero es menos coincidente el cuidado de la prosa, célebre en el caso de Borges y que los lectores peruanos de estos últimos cinco años empiezan a descubrir como esencial en Higa. No es casual de ninguna manera que Augusto Higa Oshiro, alcanzada su madurez como escritor, empiece a ser reconocido y a obtener premios literarios unos tras otro,

con una frecuencia que a muchos puede parecer asombrosa. Es la comunidad letrada del Perú la que de esta manera señala a uno de sus mejores representantes. Y una vez más, como en el caso de Flaubert citado supra, no es con ningún narrador peruano de hogaño que podemos comparar a Higa (puesto que Loayza es un exquisito antecedente), sino con un poeta, que pertenece también a la comunidad nisei: José Watanabe Varas, celebrado mientras estuvo vivo y recordado vivamente después de su muerte. Tratar cada línea de su prosa como un verso es también una norma para Augusto Higa Oshiro.

(Marco Martos Carrera)